

Cuéntanos

Cuentos de bolsillo para compartir.

Sensibilidad de las plantas

Autor:

Joaquín Antonio Uribe, 1912

distribución gratuita
#1

www.ces.edu.co



UNIVERSIDAD CES

Un compromiso con la excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007



UNIVERSIDAD CES

Un compromiso con la excelencia

Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007

Sensibilidad de las plantas
Joaquín Antonio Uribe, 1912
 ISBN 978-958-8674-40-7

Coordinación editorial:
 Héctor A. Jiménez Arboleda - Editorial CES
 Diseño y diagramación:
 Grétel Álvarez - Proyección Corporativa
 Universidad CES, 2016
 editorial@ces.edu.co

A continuación, una hermosa descripción de algo que pasa en ocasiones inadvertido.

Te transportarás al universo de la Sensibilidad de las plantas de la mano de Joaquín Antonio Uribe, educador, naturalista y escritor colombiano.

El Jardín Botánico de Medellín lleva su nombre.

SENSIBILIDAD DE LAS PLANTAS

LA vida se agita sin cesar en nuestro Planeta, embelleciendo y transformando el mundo orgánico con incansable actividad. La circulación, la respiración, las secreciones diversas de las plantas —así como de los animales— son hechos conocidos de todos, ya aceptados e indiscutibles.

Pero ¿sentirán los vegetales?

Al solo enunciado de esta pregunta, se presenta ante nosotros —ante el Hombre— el fantasma del Misterio; nos hallamos atónitos y sobrecogidos, en presencia de las obscuridades de lo ignoto y postrados ante la grandeza de la Sabiduría creadora.

Los antiguos filósofos, que disertaban al frescor de los bosquecillos de Olivos, tan gratos a Minerva, o a la sombra del Plátano sagrado, dádiva del piadoso Brahma; que estaban en intimidad con la Naturaleza, como que aún pendían de su seno caluroso y palpitante; que no habían vislumbrado siquiera las maravillas de nuestra prosaica civilización materialista, no sólo creían que son sensibles los vegetales, sino que les concedían una alma capaz de pasiones y de afectos; alma que ama y odia, que se alegra o entristece. Anaxágoras y Empédocles





—genios de la vieja Grecia— consideraban las plantas como animales imperfectos, impotentes para trasladarse de un lugar a otro, pero provistos de voluntad y sensaciones.

Hoy todavía, el tuareg habitador del Sahara, respeta con religioso instinto las palmeras de sus oasis, y asegura que cuando el hacha del extranjero abate uno de esos árboles venerables y desgarrara sus tejidos ricos en savia, delicados e intactos, el tronco lanza gritos como un niño que llora de dolor; lamentos que conmueven al verdugo y espantan al hijo del desierto.

El ilustre Laplace escribió: “Aunque exista una gran analogía entre la organización de las plantas y de los animales, no parece suficiente para considerar a las plantas como dotadas de la facultad de sentir, *pero nada autoriza a negarles esta cualidad*”.

Los botánicos del día —me complazco en citar como excepción de estos a M. Louis Crié¹ —con taimada seriedad, niegan que el sueño de algunas plantas y los movimientos especiales de sus hojas o de ciertos órganos florales, sean muestra de verdadera sensibilidad. Mas ¿cómo saben ellos *experimentalmente* eso que nos enseñan tan orondos y tan graves? ¿Han interrogado eficazmente al Trébol que engalana los prados, al Espino de

1. “La sensibilité elle-même, condition de la manifestation de mouvement, n’est pas l’attribut exclusif des animaux. Beaucoup de plantes en sont douées à un degré plus ou moins éminent.” (Botanique, pag. 164)

oro de las cordilleras, a las Batatillas de los campos? ¿Qué han contestado ellos?

¿Cómo saben que la oruga, que *vegeta* inmóvil en una roca, siente, y no siente la *Mimosa pudica*?

Van Tieghem explica todos esos movimientos como resultados mecánicos de un trabajo físico de los órganos. Me satisface tanto ésta como la peregrina idea de Descartes, quien veía en los animales sólo máquinas o autómatas con cuerda, fabricados por el Artífice Supremo. Para más era Linneo que, con humildad científica, consideraba estos fenómenos como una maravilla de la naturaleza, «*miraculum naturae*».

Francamente, los señores sabios suelen obsequiarnos con excelentes tonterías.

Consideremos la Dormidera de nuestros campos, de la familia de la mimóseas. Es una tarde serena de verano; ya se hundió el sol en el ocaso; los céfidos

retozan en los matorrales; reina el silencio propio de esa hora melancólica de recogimiento y meditación. De repente, crujen las hojas secas en el suelo al paso de los lagartos que buscan los agujeros de las peñas; zumban las abejas que vuelven a su casa después de la ruda lucha en las colinas; se estremecen a intervalos los ramajes con la llegada de los pájaros al nido; la Dormidera cierra castamente sus hojas que se inclinan en silencio sobre el tallo. Y todos, insectos, reptiles, aves, mimosas, se duermen hasta que luce la aurora del siguiente día.

¿Por qué se entregan esos seres al sueño reparador, espontáneamente? Yo lo interpreto con toda claridad. Porque sintieron la aproximación de la noche con sus sombras negras y sus vientos fríos; el apagamiento del sol; el cansancio por el enérgico trabajo de sus órganos. ¿Quién lo duda?



Pero hay más: si durante el día, algún animal pisa o sacude nuestra primorosa Dormidera; si un insecto o un volátil cualquiera que ronda entre las malezas roza contra su follaje delicado; si pasa una nube y se oscurece transitoriamente el cielo, entonces «la hermana mimosa» se conmueve, se resiente del ultraje de los agentes exteriores, deja

caer sus hojas ruborizada, se entristece, se marchita, parece que se muere. ¿Quién no la ha visto? ¿Y qué hombre pudiera explicarnos el fenómeno y dejarnos satisfechos?

¡El *Homo sapiens*! Parece que Linneo hubiera querido burlarse de sus pobres semejantes; de la inmensa muchedumbre humana. Mejor se expresó el



autor del Eclesiastés cuando escribía:
«*Stultorum numerus est infinitus*».

El hombre sabe muy poco; y eso que
sabe no lo sabe bien.

Cuadros de la Naturaleza
Abril de 1912
Joaquín Antonio Uribe (1858-1935)



Cuéntanos

Cuentos de bolsillo para compartir

Esta es una publicación de la
Universidad CES para ti, para que
la compartas, para que la leas
en voz alta a otros, para que viajes
con tu imaginación.

Escribe o ilustra un
cuento corto para “Cuéntanos”.
Contáctanos: editorial@ces.edu.co
4440555 Ext. 1154



Cuéntanos

Cuentos de bolsillo para compartir.

De historias y aventuras
estamos llenos todos.

Cuéntame y yo
las guardaré,
léeme y te prometo
que no viajarás solo.



EDITORIAL
CES